

Nadia Lizeth Juárez Muñoz

# LUCHAS, INJUSTICIAS, RESPUESTAS Y SABERES:

RESCATANDO LA BIOFILIA LATINOAMERICANA  
DESDE LAS HUMANIDADES



Los saberes de los pueblos indígenas y campesinos se reencontran, por lo general, en el mismo punto: en una relación afectiva y de respeto para con la vida y la naturaleza. Y aunque algunas comunidades han implementado prácticas fuertes contra el Estado en pro de la defensa de sus territorios y de sus relaciones directas con el entorno, por otro lado, hay pueblos campesinos que siguen alienados bajo el sesgo del capitalismo, apartándose y desplazando los saberes ancestrales, pues piensan que su desarrollo está en el consumismo. Sin embargo, en estas comunidades que no han logrado la emancipación por diversos factores -casi todos por cuestiones políticas-, aún habitan personas que enseñan que la forma de vivir más sana es cuidando de las milpas, los cerros y los montes.

Por ello, estoy convencida de que esta es una tarea que tenemos como ciudadanos y como comunidad: rescatar los saberes rodeados de empatía, afectividad y biofilia; sea desde nuestras trincheras (como lo iré esbozando alrededor de este ensayo), sea desde una educación que re-considera estos saberes, desde una política con nombre y apellido que defienda a los pueblos, y no al contrario, no que trate de desaparecerlos y reprimirlos, sino que les reconozca sus luchas, y, a su vez, en tanto que aprendamos de los pueblos latinoamericanos, haga más visibles sus luchas e injusticias.

Parto desde lo que comprendo por afectividad ambiental y biofilia. Retomo el primer concepto desde las investigaciones de Omar Felipe Giraldo e Ingrid Toro, quienes defienden y mencionan que, para comprender, cuidar y respetar nuestros habitares y ecosistemas, tenemos que partir desde la empatía como forma revolucionaria de relacionarnos con la vida. Mencionan, desde su postura, que la empatía es “entendida como la condición de posibilidad para experimentar la propia corporalidad en sus estados afectivos por el estado sensible del lugar habitado” (2020, p. 15). Por ello, reflexionar los saberes y las relaciones de los pueblos indígenas para con la naturaleza, pueden suscitarlos a re-pensar el cómo nosotros, seres capitalistas y antropocentristas, estamos relacionándonos con nuestro entorno y nuestra propia naturaleza para poder transformar nuestra empatía y, por ende, nuestra corporalidad. De esta manera, podemos comprender otras formas de vivir, respetar y ayudar a que los pueblos indígenas sean escuchados y dignificados ante las injusticias a las que son sometidos y sometidas. Me apoyo ante el sustento de Omar e Ingrid: “sin el campo afectivo, no podremos entender estos tiempos de grave peligro, ni los profundos problemas de sentido del habitar contemporáneo” (2020, p. 11).

A estas alturas de la crisis ecológica y ambiental, nos enfrentamos

ante diversas alternativas “medio ambientales”. Lo pongo entre comillas, pues dichas alternativas vienen disfrazadas de un discurso ambiental que no tiene más que intereses de respuesta al capitaloceno: hiperconsumismo. Si no fuese así, con tanta tecnología y tantos productos que vienen desde la revolución verde hasta nuestros días, no nos encontraríamos con el calentamiento global ni con ecosistemas extintos y en peligro de extinción; con talas de árboles clandestinas, ríos contaminados, cambios climáticos radicales e imprevisibles, pueblos sin agua, monocultivos, y todos los factores que provienen de los ecocidios. Por estas razones es indispensable desarrollar nuestro campo afectivo ante las carencias-consecuencias de no saber y malinterpretar el buen vivir. Si no comprendemos estos campos afectivos que contemplan las otredades de cualquier fuerza biótica y abiótica, no podremos co-habitar en pocos años.

Por otro lado, para hablar sobre la biofilia de los pueblos indígenas y de los pueblos campesinos, me baso en el estudio del Dr. Esteban Cloquell. Él menciona que “la biofilia es una tendencia evolutiva que integra la atracción por un mundo de signos de origen ecológico, un mundo semiótico multicéntrico, donde el reparto de protagonistas no siempre procede de la excepcionalidad de nuestra mente” (2019, p. 33). Sin embargo, a pesar de que la biofilia podría ser evolutiva, esto no signi-

fica que sea hereditaria, o se trate de un gen que se active para sentir cierta atracción por la naturaleza y su cuidado; mas bien se trata de ciertas condiciones epigenéticas, en las que nos encontramos para desarrollar cierta capacidad afectiva natural. Retomando nuevamente al Dr. Cloquell: si se trata de “los paisajes epigenéticos maltrechos y sesgados en ciertas especies amenazadas, así como de las condiciones culturales que propiciaban una deficiente expresión de la biofilia humana, llegando incluso a la biofobia” (2019, p. 26).

Esto es muy importante para poder comprender por qué es necesario rescatar la biofilia de las comunidades: en primer lugar, porque, casi siempre, las comunidades indígenas viven en paisajes epigenéticos, contruidos desde la biofilia. Sus vistas son altamente estéticas. Si los percibimos con todos nuestros sentidos, son experiencias tranquilizadoras y estimulantes para cualquier ser vivo. Por otro lado, cuando el Dr. Cloquell menciona el término biofobia, explica que esta acción se desarrolla a partir de paisajes epigenéticos maltrechos, por ejemplo en la ciudad, donde se empieza a normalizar no ver árboles, no ver insectos, no ver anfibios y, en general, no ver vida. Lo estético se traduce en edificios, carreteras, construcciones y tiendas comerciales. Para poner un ejemplo: en la comunidad en donde me encuentro actualmente, es importante cuidar de los sapos y de las ranas que

**“...ES UNA TAREA QUE TENEMOS COMO  
CIUDADANOS Y COMO COMUNIDAD: RESCATAR  
LOS SABERES RODEADOS DE EMPATÍA,  
AFECTIVIDAD Y BIOFILIA”**

nos encontremos, ya sea en el patio o dentro del hogar, porque su presencia y sus cantos significan el llamado a las lluvias, es decir, habrá agua para regar las tierras. Por otra parte, en la ciudad nos enseñan que ciertos ecosistemas que para nosotrxs no son estéticamente gratos (ecosistemas de algunos insectos y anfibios), debemos matarlos. He aquí un pequeño ejemplo de biofilia y biofobia.

Con estos ejemplos, no intento expresar que la vida en la ciudad es mala para desarrollar una biofilia, sino que podemos aprender de estos paisajes epigenéticos de las comunidades indígenas y campesinas: aprender que nuestro entorno debe verse bien, oler bien, escucharse y sentirse bien, con la intención de dar cuenta de estos paisajes y su importancia para poder realizar “una transformación que parta del poder del cuerpo y del entendimiento sensible de concebirnos como cuerpos entre otros cuerpos” (Felipe Giraldo, 2020, p. 13). Cuando hablo de sentirnos con otros cuerpos, me refiero a todas aquellas fuerzas bióticas y abióticas que están co-existiendo junto con nosotrxs. Es importante dejar de pensar que la otredad es solo la existencia humana; esta otra forma de empe-

zar a reconstruir nuestra afectividad ambiental y de biofilia. Debemos recordar que la otredad no sólo está en las mujeres y en los hombres que nos rodean, sino en el aire, en los ríos, en las hormigas, en las plantas, y en todo ser vivo. Retomo la propuesta de Felipe Giraldo e Ingrid Toro:

“Implica ir en otra vía: que nos enseñemos a ser tocados por la emoción de otros cuerpos, que volvamos a recobrar la confianza en nuestros sentidos, que irrumpamos en el lenguaje, y lo llenemos de tierra, que abramos nuestra percepción sensible adormecida por los artefactos de la civilización industrial y que despertemos nuestros afectos a través del contacto con los diversos modos de vida” (2020, p. 14).

Entonces, ¿necesitaríamos re-educar nuestros sentidos? Quizá no, sólo bastaría con recuperarlos acercándonos a la tierra mojada, a la hierba, a las flores, a los arroyos y los movimientos de los árboles. No se trataría de re-educar, sino de comprender que hemos adormecido nuestras percepciones. Siguiendo el presupuesto de Felipe e Ingrid, es vital que, en este re-encuentro, irrump-

pamos con el lenguaje; una facultad que han desarrollado muchísimas comunidades indígenas. Por ejemplo, la cultura Wixárika, se ha conectado en todos los puntos y no puntos de su vida con la naturaleza de una forma casi mística: tienen cantos para la lluvia y para agradecerle a la tierra, porque es ella quien les proporciona alimentos y existencia.

Ellxs han irrumpido con el lenguaje del Antropoceno, con el tiempo, ya que no se guían con el reloj convencional, sino con las tonalidades del cielo y de la naturaleza. Su cosmogonía irrumpe con el mismo lenguaje y el tiempo. Considero que estas relaciones se tratan de una bio-semiótica que, en definición del Dr. Cloquell, “puede entenderse como un saber ambiental sensible a las relaciones semióticas que las distintas especies manifiestan en, y entre sus respectivos mundos circundantes” (2019, p. 106). Por ello es que sus saberes no solo son saberes ancestrales que vienen de generación en generación en un devenir cultural. Se trata de saberes ambientales que se han comprendido desde hace cientos de años, que comprenden lo sagrado que habita en la naturaleza, y por eso la respetan y co-existen con ella. Quizá no reconozcan que sea una relación en términos de bio-semiótica, pero es importante nombrarla para empezar a hablar de estas relaciones en las humanidades. El Dr. Cloquell también menciona que “entender los procesos ecológicos en términos

de biosemiosis exige deconstruir el concepto habitual y antropocéntrico de la naturaleza como el conjunto de organismos no humanos del planeta incapaces de expresar significados y valores” (Ibíd, p. 106). Esto es importante para poder comprender algunas de las relaciones de las comunidades, sin tener el afán de darles una voz propia que les sea ajena.

Pondré un ejemplo para comprender una relación bio-semiótica: María Sabina, una curandera y chamana mazateca del estado de Oaxaca, concebía a la naturaleza como una sabiduría; se sentía conectada con ella, podemos percibirlo en sus cantos como “mujer espíritu” a la hora de curar a las personas de su comunidad, o a las extranjeras, que iban con la finalidad de conocerla. Al momento de hacer los rituales, ella consumía hongos alucinógenos. Los llamaba “niños santos”, y los niños santos eran los portadores de la sabiduría para sanar a las personas, es decir, ellos le mostraban a Sabina los dolores de las personas y le decían cómo sanarlos. Ella menciona que solo era la mensajera de ese conocimiento místico.

Algunos mencionan que Sabina murió en la pobreza. En algunos documentales sobre su vida, podemos apreciar cómo era su hogar y el de los demás habitantes de la comunidad: casas de madera, de piedra y de adobe, repletas de leña para cocinar; cuartos muy simples con un catre simple para dormir. Entonces,

no sólo es deconstruir la forma en que percibimos y cosificamos la naturaleza, sino deconstruir el cómo estamos comprendiendo qué es el buen vivir en nuestras casas y de qué cosas estamos rodeándolas y habitándolas. Raúl Zibechi menciona que se trata de “recuperar la vida sencilla que esos sectores identifican con pobreza porque no gira en torno al consumismo, es tarea urgente tanto para salir del capitalismo como para evitar una catástrofe ambiental o una guerra nuclear, a las que nos conduce el caos sistémico en curso” (2020, p. 9).

La vida de los pueblos indígenas y las relaciones biosemióticas que mantienen, podrían darnos las respuestas para salvarnos de las diversas catástrofes ambientales en las que estamos inmersxs. Esto nos ayudaría a resignificar lo que pensamos sobre el verdadero “buen vivir”, y no quiero decir que adoptemos sus formas de vivir o que nos apropiemos de sus tradiciones. Solo necesitamos reflexionar sobre cómo estamos viviendo y, desde ahí, comprender a quiénes estamos dañando, animarnos a trabajar en comunidad, a coexistir verdaderamente, a buscar nuestras relaciones biosemióticas inspirándonos en las comunidades. Es importante que en esta revalorización estemos juntxs, para que las voces de las comunidades también sean escuchadas.

Empezamos a notar estos reconocimientos en las diversas humanidades que quieren rescatar y darles voz a las comunidades; lo encontramos

en la música que expresa los movimientos, pensamientos y filosofías de la cultura mapuche, de los Wixárikas, de la lengua quechua, de los campesinos, en donde no están apropiándose de sus culturas, sino que están abriendo espacios para dar a conocer su importancia biosemiótica y de lucha. También lo encontramos en las películas que nos hablan sobre la importancia de rescatar sus lenguas, sus formas de vivir, en la literatura que da a conocer sus saberes ancestrales, como *Las enseñanzas de Don Juan*, o autores como César Calvo y José Arguedas; en libros sobre eco-crítica, en espacios para hablar sobre las problemáticas y enseñanzas de ciertas comunidades, que nos recuerdan que ya tenemos las respuestas, que aún podemos rescatar los saberes de nuestras abuelas y abuelos, desde las trincheras de los campesinos, campesinas e indígenas.

## BIBLIOGRAFÍA

- J. M. Esteban Cloquell, (2019), La hipótesis de la biofilia. Una aproximación interdisciplinar. México: Universidad de Guadalajara
- O. Felipe Giraldo e Ingrid Toro (2020), Afectividad ambiental. Sensibilidad, empatía, estéticas del habitar. Quintana Roo: ECOSUR
- Raúl Zibechi, (2020), Buenos vivires y transiciones. Bogotá: UNIMINUTO